

## HOMBRE PARA EL HOMBRE

— por Félix Lizaso —

**L**a vida del hombre en quien se da la dualidad de hombre de acción y hombre de pensamiento, ofrece esos dos ángulos invertidos como asideros de medición. Lo frecuente será que nos fijemos y detengamos en el primero, cuando la figura y su proyección están aún próximas a nosotros. Con la distancia, acción, carácter, pensamiento, van identificándose, como visiones divergentes que superponiéndose y acomodándose, terminan por coincidir en un foco único, la personalidad.

En Martí, además, ocurre otra peculiaridad. Vivió la mayor parte de su vida alejado de su país, proyectando casi exclusivamente sus pensamientos sobre América. América lo conoció inmediata y directamente como pensador, periodista y poeta, en tanto que durante su vida fué escaso el número de los que en Cuba sabían de otra actividad suya que la de sus ideas y afanes separatistas. Dieciocho años tenía Martí cuando salió del trabajo forzado del presidio a la deportación en España. En un período de veinticuatro años no volverá a Cuba sino tres veces —la última para morir—, y entre las tres, no podemos contar más de dieciséis meses de permanencia en su tierra. Su obra fué escrita en el extranjero, publicada en los periódicos de México, Guatemala, Argentina, Venezuela, Honduras. Cuando sus correspondencias a la *La Nación* de Buenos Aires recorrían el continente americano y se reproducían y comentaban en toda la prensa, a Cuba es posible que ni llegara el eco de su voz. No hay sino ojear las colecciones de nuestros periódicos para convencernos. A Cuba sólo llegaba —subrepticamente— la voz del patriota que, aleccionado por los tropiezos de la guerra de 1868, maduraba los planes para

un golpe decisivo al yugo español. Concibió una guerra rápida, una guerra de revuelo, en que los cubanos organizados en la emigración, guiados por los jefes de la campaña anterior, y en acuerdo con un levantamiento simultáneo de todas las provincias, produjeran un golpe efectivo a la soberanía española. Hombre que había logrado su propio dominio, su idea cuajó en el momento oportuno, y el Partido Revolucionario, obra suya y modelo de organización, le sirvió a la vez para llevar la disciplina a los espíritus exaltados, y dar lección de humildad, de servicio, de entrega absoluta de sí a la idea que le movía. Las bases del Partido Revolucionario fueron redactadas por su mano, y él encarnó, con abnegación admirable, el guiador práctico de su propio pensamiento. Tres años de preparativos, en que se le negó primero, se le vislumbró después, y sólo al fin se proclamó su pureza y desinterés, necesitó para unir los acuerdos, propagar la fe y alzar los fondos imprescindibles. Durante ese tiempo el escritor estuvo casi únicamente al servicio de su obra política, en contacto continuo con los hombres que habían de secundarlo. Muchos de ellos ignorarían que, detrás de aquella dulzura y persuasión, de aquella vida evangélica y aquel amor de hombre, había un escritor que desde hacía muchos años estaba dando a América sus mejores pensamientos.

¿Y cambió acaso, con la república, nuestra idea de Martí? Si para la mayoría de los cubanos que le conocieron fué únicamente el gran organizador, el hombre capaz de atraer a su credo a los más renuentes, y de sembrar y hacer perdurar ejemplos de amor y de desinterés, los que de él supimos sólo por su obra fundadora no tuvimos sino el trasunto de un hombre exaltado, caballeresco, soñador, que había hecho posible una idea a la que consagrara su existencia. Precisó una etapa de íntimo acercamiento a su obra que había quedado dispersa, para que nos presentara su trascendencia. Voces de afuera —voces altas— iban señalando con entusiasmo peculiaridades del cubano al que ya se le hacían concesiones de genialidad. Voces de nuestra lengua —Sarmiento, Unamuno, Rubén Darío, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Gabriela Mistral— ensalzaban al escritor, al poeta, al pensador, al hombre simplemente ejemplar. Aún en Francia un libro que tuvo su momento —la *Histoire des Litteratures Compa-*

rées, de Frederick I. Olíe—, se insinuó “hasta qué punto sería posible comparar, por la originalidad y multiplicidad de su genio, al infortunado cubano José Martí con el inglés Carlyle”. El *apóstol* que había sido para los cubanos, por su obra libertadora, se convierte cada vez más en nuestro pensador lleno de previsiones políticas, de anticipaciones económicas, en nuestro gran exaltador de ciudadanía, en nuestra medida, en fin, de toda justicia y de toda obra armoniosa y profunda, iluminada de trascendencia y de poesía. Si Martí fué el guía de la libertad, conquistada sólo a medias por el enorme contratiempo de su muerte anticipada, lo ha seguido siendo después por su obra, que le da puesto único de guía de los mejores espíritus cubanos, para la conquista de la libertad absoluta.

¿Pero no construyó Martí su ideario de dignidad americana? Es por eso que América ha comprendido más ampliamente su pensamiento, y le da sitio entre sus guías, en tanto que nosotros, apegados inmediatamente a uno de sus propósitos —el más cercano— vimos sólo su proyección sobre nuestros problemas urgentes. Y sin embargo Martí no puso su pensamiento ya maduro en la independencia de Cuba, como en un fin único y en sí. Más que cubano, era el genuino hijo de la América hispana, libre por su propio designio y esfuerzo, la América que veía marchando a la conquista de un progreso seguro y de respeto creciente. ¿Y qué era Cuba en tanto? Cuba no estaba dentro de esa América; Cuba seguía siendo un dominio español, y la misma América no podía considerarse completamente libre, mientras parte de ella no lo fuera. El americanista se sobrepone al patriota, y así lo vemos unir en la práctica, como lo hace en la prédica, en un mismo designio inmediato de libertad, a Cuba y a Puerto Rico, dominada también. El Partido Revolucionario de New York se constituyó “para lograr, con los esfuerzos unidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de la isla de Puerto Rico”.

Con frecuencia aludió, dirigiéndose a las libres patrias americanas, al dolor de no tenerla, y al compromiso de conquistarla. Pero la patria para él no hubiera sido la acomodada instalación en la república. Precisamente su obra inmediata le había hecho desentenderse de muchos pensamientos graves que antes le ha-

bían acometido; pero si algo le reclamaba, eran las grandes ideas y los largos vuelos del espíritu. En su obra deja vislumbrar a menudo ese anhelo de emplearse en cosas altas, que lo roía constantemente.

“El genio alimentado fortalece. El genio sin empleo devora, el alimento del genio es una obra digna de él”. La organización revolucionaria para libertar a Cuba, si se considera aisladamente, no era una obra digna de Martí. La libertad de Cuba y Puerto Rico para asegurar la libertad de América, y su engrandecimiento por el respeto conquistado, sí es ya una visión de largo alcance. Esa visión es la que América ha sorprendido y por ella Martí está cada vez más cerca del pensamiento americano. Se empequeñece el pensamiento cuando damos una significación limitada, significación de “isla”, a su concepto de patria. Circunscritos a ese círculo que para la generalidad significa patria, pensamos que circunscribió también la idea a tal concreción. Pero él tuvo otro más amplio concepto: “Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas”. No hay que llegar al utopismo de la patria universal, a algo tan remoto como esa concepción generosa. Pero la patria para Martí debía abarcar, cuando menos, toda la ancha tierra poblada por nuestros hombres americanos. Quien supo en su carne del real significado de una cadena, no dice en balde, refiriéndose a nuestros pueblos indiferentes, hostiles, desunidos, estas palabras: “Por primera vez me parece buena una cadena para atar, dentro de un cerco mismo, a todos los pueblos de mi América”.

El pensamiento americano de Martí se destaca cada vez con mayor relieve en el conjunto de su obra, porque estuvo preñado de previsiones, de anticipaciones, que las circunstancias han hecho cada vez más vitales. Diluío a lo largo de numerosos escritos sobre los hombres, libros y motivos de América, hay sin embargo un verdadero encadenamiento en su ideario americano. Apuntó, en múltiples formas, que el factor económico debía ser base y fundamento del engrandecimiento e independencia de América, dando normas sobre sus riquezas minera, industrial y agrícola, formulando su teoría de la “riqueza útil”. Elogió “la distribución de la propiedad y el cambio de tierras estériles en tierras producti-

vas, aunque lastime preocupaciones de partido y añosos intereses tradicionales”, por ser “causa inmediata de la riqueza del país, lo-gradable fácilmente con la creación de muchos pequeños propietarios”. Al indio lo encontró estancado a la orilla del camino americano, y de pasada —como lo hizo casi todo en su vida presurosa y adolorida—, señaló el impulso que debía despertarlo, si América quería adelantar. Cada nueva escuela que se abría en América daba pábulo a su prédica de acomodar la enseñanza a nuestra naturaleza y necesidades. Muchos trabajos suyos tienen títulos como éstos: “A aprender en las haciendas”, “Educación científica”, “Escuela de Mecánica”, “Escuela de Electricidad”, “Escuela de Artes y Oficios”, “Trabajo manual en las Escuelas”, “Maestros ambulantes”... todos ellos, y muchos más, escritos entre 1882 y 1884.

No hay artículo suyo, por enfocado que esté sobre un acontecimiento preciso, que no lleve conceptos profundos, o advertencias sagaces. ¿Quién había sugerido antes la posibilidad de ese maestro ambulante que recorriera los campos, llevando a los hombres conocimientos prácticos y sencillos, respuestas a sus curiosidades, interés para las ideas? Y apoya su sugestión: “La mayor parte de los hombres ha pasado dormida sobre la tierra. Comieron y bebieron; pero no supieron de sí. La cruzada se ha de emprender ahora para revelar a los hombres la propia naturaleza, y para darles con el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno universo”. Por este camino nos acercamos a su previsión de la amenaza latente de la América rubia, que anticipa maneras de conjurar, señalando caminos a su engrandecimiento propio, por vías de dignidad, de trabajo, de riqueza útil, de aprendizaje, de igual modo en los hombres y en los pueblos. Que la América nuestra se enseñe pujante y unida, que se imponga por el respeto que inspira una vida digna, ordenada y laboriosa. Sólo imponiendo respeto se puede ser respetado.

Su ideario de engrandecimiento y de libertad americanos se inspira en normas de conducta para los pueblos y para los hombres. En ese ideario la dignidad es vértice en la cima de su pensamiento. Pero la base está sólidamente sustentada en las otras

virtudes de trabajo, vida natural, generosidad, amor, espíritu de sacrificio. Creyó en la salvación de América, creyó que le estaba naciendo el hombre natural, el hombre que le daría su plenitud. América empieza a comprender su mensaje, y quiere ir de la mano de aquel hombre de servicio.

Hombre de servicio, tanto como de pensamiento, fué Martí. Hay una real tragedia en la intimidad de este hombre, dado a las cosas graves del espíritu, y obligado sin embargo a las singladuras alrededor de urgencias y motivos concretos de sus trabajos. Ya sabemos que Martí no acometió obra sistemática, aunque no le faltaron propósitos, como aquel *Concepto de la vida* que pensó escribir alguna vez.

Pero si no tuvo el reposo que le hubiera permitido obras de trabazón y conjunto, no hizo tampoco obra que no llevara un destello de sus ideas, y sus ideas todas, en todos los órdenes, se prestan a tal unidad de dirección, que hay en ellas un verdadero encadenamiento, una posibilidad de sistematización. Porque lo peculiar en Martí es que en ningún momento fué un escritor en que estuviera ausente el pensamiento, sobre todo el pensamiento por cuenta propia. Le brotaba con frecuencia en una frase, a manera de aforismo, y ese pensamiento es el que da matiz y lugar inconfundible a escritos en ocasiones de importancia menor. Aún sus correspondencias a los grandes diarios de Buenos Aires, Venezuela y México, sobre sucesos norteamericanos, no son sino propias reflexiones en que aquéllos sirven de pretexto. No son las "crónicas" acostumbradas, sino haces de reflexiones, encaminadas siempre en los mismos blancos: celebrar la virtud del hombre y de los pueblos, exaltar la libertad, condenar la tiranía, poner la justicia en cielo alto, revelar los peligros de la vida regalada y sin propósito, y siempre, y en todos los tonos, destacar toda buena acción. Martí fué esencialmente el hermano sol: la pluma en su mano era luz, luz que iluminaba las buenas acciones, los buenos pensamientos, los buenos libros, las bellas obras. Escribió mucho sobre hombres, libros y arte y sin embargo no cabe considerar como crítico a quien decía: "Cuando tengo que decir bien, hablo. Cuando mal callo. Este es el modo mío de censurar", o cuando llevando la misma idea a los hombres, formulaba idénticos conceptos. Su obra de comentarista es, así, obra de afirmación, obra

de creador. Lo que le mueve es precisamente su deseo de exaltar las grandes cualidades del carácter antes que las mismas excelencias de las obras. Su crítica es constructiva: los elementos fundamentales empleados por el autor que comenta, se juntan y funden con los suyos propios. De ahí que con tanta frecuencia le sean aplicables, con transparente exactitud, los mismos conceptos que aplicaba a los demás. Ejemplos numerosos hallamos en multitud de trabajos; ejemplos revelantes los tenemos a la mano en ese ensayo sobre Cecilio Acosta, donde la sombra de Martí se interpone en los tajos de luz que arroja sobre la personalidad de aquel venezolano ejemplar, que “andaba buscando quien valiese, para decir por todas partes bien de él”, o en muchas de aquellas correspondencias en que, al recoger alguna actualidad literaria de la vida norteamericana, la muerte de Longfellow o de Emerson, la visita de Oscar Wilde a New York, la vejez patriarcal de Walt Whitman, hizo los más acabados juicios sobre esos hombres de pensamiento y de poesía, juicios que a la vez le permitieron formular muchos de sus conceptos sobre la vida, la poesía, la filosofía.

*Caracteres norteamericanos*, quiso que se llamara uno de sus libros. Tenía ciertamente una propensión desenfrenada a exaltar las mejores florescencias del carácter del hombre, y los mismos escritos que nos dejó, no ya trabajados más cuidadosamente, como el que consagró a estudiar la figura del general Grant, sino hasta los de breves pinceladas que a diario salían de su pluma para pregonar la existencia de otra alma grande, llevan algún rasgo que permite apreciar cómo cavaba dentro de sí, cuando trabajaba con el material humano.

Gran tormento —uno más— debió ser para Martí tener que sofrenar su pensamiento, compelido a ceñirse a temas concretos impuestos por su vida premiosa, librada con la pluma fácil en la obra de circunstancias que apenas le dejaba tiempo al margen de maduración imprescindible. No hubiera sido Martí un hombre tan hecho dentro de sí, y su obra carecería de la penetración y lucidez que le son características. Pero esto mismo nos permite conjeturar qué altura hubiera podido lograr quien a sí mismo se sorprendió a veces de haberse dejado llevar por ideas graves, y de pronto abandona el vuelo del pensamiento no sin desconsuelo.

Alguien podría preguntar qué suerte de pensador es éste, que sus ideas hay que extraerlas de sus escritos en que expone la vida y las ideas de los demás. Parecería como si no se hubiera sentido con bastante autoridad para pensar y exponer por cuenta propia sus ideas, y le brotaron a pesar suyo cuando intentaba destacar las ajenas. Pero conocemos bien lo que fué su vida: un servicio perenne, un deber siempre cumplido por la misma satisfacción de cumplirlo y anegar el alma en una real felicidad humana, un anhelo de purificación, no por vía de ascetismo, sino de dádiva de sí, una exaltación continua de cada virtud, de cada heroísmo, de cada sacrificio.

Y a un hombre así —hombre que había nacido y vivido para el hombre—, hay que disculparle que no se hubiera dado más a la forja de su yo, y de las ideas que atesoraba. Cuando ha habido tantos pensadores sin pensamiento, cómo es grato este ejemplo de humildad de un verdadero hombre de pensamiento que regó sus ideas para exaltar las ajenas, o para ayudar a los hombres y a los pueblos a buscar el camino de la prosperidad y de la libertad.

“Dos madres tienen los hombres: la Naturaleza y las circunstancias”, escribió. La idea tiene en Martí la aplicación más cabal. Las circunstancias —sus circunstancias— fueron las que determinaron el rumbo de su vida, y ésta tuviera la culminación y el tránsito que le habían marcado. De la naturaleza le vino el ser conforme a ella, el ser el hombre natural que era. Perteneció a los mejores, a aquella clase de hombres ungidos por la Naturaleza “con el sacro deseo del futuro”, de que habla en su ensayo sobre Whitman.